



El cura y el ateo

Historias de Espanto contadas por Manuel

En un pueblito había un hombre que no creía en cosas que no vieran sus ojos, en cosas que no tocaran sus manos, en cosas que no pudiera mastigar. Un hombre libre-pensante, un hombre sin amarres en los pies. Un ateo que no iba a misa, que prohibía a su mujer y a sus hijos asistir a la iglesia. Esa situación la aprovechaba muy bien el cura con sagacidad y constancia, en las misas de la mañana y en los sermones de la noche, para hablar mal y maldecir a los ateos y señalar al ateo del pueblo con nombre propio: Demetrio Rodríguez. Ese hombre, decía el cura en discurso infernal, cuando se muera se lo lle-vará el diablo en cuerpo y alma, y los creyentes de este pueblo que sigan ese camino de la equivocación humana, les acontecerá lo mismo.

El cura en el púlpito olvidándose de la palabra y en demostración y de gestos, se despelucaba el cabello figurando en su cabeza enormes y agudos cuernos; alargando

con la mano su nariz la hacía aparecer más afilada y agarrándose el mentón simulaba una larga barba hasta las rodillas y abría los ojos, volteándolos en un gran esfuerzo para dejar sus pupilas en blanco y la gente creía ver al final, dos llamitas de igual tamaño muy rojizas, en vez de la mirada cristiana del sacerdote. El monaguillo no quemaba incienso, el monaguillo quemaba azufre y al inundarse la iglesia de humo oloroso, la gente estornudaba llorando a gritos, pidiendo perdón por sus malos pensamientos. Al presentir que finalizaba la misa, al entrar la nave en calma, los oyentes religiosos sentían con pavor, que alguien sin que ellos se dieran cuenta, los iba desnudando de su propia piel y también de su sombra, como queriendo desnudarlos de su alma. Y de común acuerdo, al mirar todos hacia la salida de la iglesia, petrificados se impresionaban porque el humo se había convertido en figuras humanas y sin pedir permiso a

nadie, se escapaba en vuelo clandestino.

Los hijos del hombre señalado como ateo, es decir, Demetrio Rodríguez, crecieron, se casaron y se fueron y quedó Demetrio ya viejo con su mujer ya muy vieja, los dos en soledad de ancianidad. Y como los dos eran maleza por cuestiones del pensamiento, nadie por temor los visitaba a la casa, nadie quería nublar la cabeza de perversidad antirreligiosa, nadie quería que su alma lo abandonara en vida. Feroz la labia del cura.

Un día cualquiera el tal Demetrio se enfermó, se agravó de cuerpo y murió pensando en sus pensamientos. Nadie en el pueblo se atrevió a darle a la viuda un saludo de pésame, nadie le envió un ramo de flores. Muerto Demetrio, la mujer levanta de la cama el cuerpo muerto de su marido y con gran esfuerzo lo acuesta sobre una mesa y lo arropa con una sábana, le prende cuatro espermas y se pone en función de velarlo y se hace hacia una esquina de la mesa a llorarlo. Fue toda una tarde de llanto. Después, sentada la mujer en una butaca, en la puerta de la calle, con su triste y bien arreglado cabello largo,

su vestido de luto muy triste, sus manos cruzadas y colocadas tristemente sobre las rodillas y sus ojos hundidos por el llanto amargo, sentada la mujer viendo la quietud de la calle, con la tristeza que solamente deja la muerte, llorando la lejanía del cuerpo ya ausente de su marido.

Casualmente pasa por la calle, un paisa de arrestos y dice:

-Oiga, mi señora, ¿por qué llora?

Responde la mujer: "Ay, señor, cómo no voy a llorar, se me murió mi esposo. Un hombre gente buena, sabe, sólo con problemas en el pensar, según el cura. Por eso dijo el señor cura que cuando mi marido se muriera, el diablo vendría a llevárselo en cuerpo y alma. Ay, señor, estoy muy atemorizada, de pronto en realidad viene el diablo. Yo no sé si será cosa cierta.

Resulta que como se trataba de un paisa borracho y arriesgado, le dijo:

-Señora, si quiere yo la acompaño. Pero lo primero que tenés que hacer es conseguirme una botella de aguardiente, pues, y yo seré su sombra esta noche.

-Con tal que me acompañe señor, yo le consigo el aguar-

diente. Yo no quiero verme sola en la tragedia de ver cómo el diablo desenalma el cuerpo de mi marido. La señora se levantó ya más animosa y fue a la tienda, trajo la botella de aguardiente y un paquete de tabacos. El hombre se hecha al guargüero el primer trago, prende su tabaco y hace figuras con el humo alrededor de su cabeza, se quita el sombrero y espanta las volutas en espiral del humo que estaban ya asemejándolo a un santo de pueblo, se sienta al lado de la señora y sigue en ese estado más o menos de aguardiente.

A medianoche, los dos escucharon ruidos por los lados del jardín, pasos arrastrados como si alguien encadenado a otro mundo, caminara con cansancio. La mujer se puso nerviosa y dijo:

Ay, señor, oigo pasos que no son de hombre. Estoy segura. Yo no sé...

-Cómo va a ser -dijo el hombre-. Aguarde un poco mi señora, no se me alebreste en el nerviosismo. Para darse valor, el hombre cogió la botella y bebió un trago de largo tiro y salió a la calle y claro, preciso, vio que venía el diablo, muy grande el tipo, vestido de capa

negra y una cola muy verraca que arrastraba dejando mucho polvo; unos cachos grandes de cabro ya anciano y un tabaco en la boca tres veces mayor del tamaño del común que se fumaba en la región. Dijo el hombre:

-Hasta aquí llegó la historia del paisa. En realidad, mi señora resultó ser el diablo. Pero perdone mi señora, que un borracho puede cometer cualquier imprudencia.

Sacó el revólver de la pretina y dice el hombre a darle bala al diablo... Sonaron seis disparos. Bebió otro trago y le dio a la señora la botella para que bebiere también y los dos esperaron a que hiciera de nuevo presencia el diablo y el diablo no hizo presencia. En la sala de la casa, sobre la mesa Demetrio ahora difunto, con la sábana cubriéndole hasta la mitad del pecho, su bigote más crecido y las llamas de las espermas consumiéndose en la prisa del viento sin puerta para salir; Demetrio ya difunto cuando en vida su cuerpo alcanzaba un metro sesenta y cinco centímetros, ahora en descomposición acelerada.

La una de la mañana, las dos, las tres de la mañana, en

los patios de las casas cantaban los gallos un canto extraño como de presagio, canto afónico, desgarrado. Llega la hora de sonar las campanas y no sonaron las campanas, no repican con la angustia de siempre. Las cinco de la mañana y el pueblo se iluminó de día. El cura no está en la iglesia. Nadie sabía de su paradero. Dieron parte a las autoridades, que el cura se perdió y anoche escuchamos unos disparos junto a la casa del ateo muerto. Fueron al sitio y vieron al cura disfrazado de diablo. Era un diablo anciano, recién afeitado, doblado

en su gordura, la sotana desabotonada y se le veía el ombligo muy salido; a un lado de su cara, los cachos se desprendían de la cabeza y sus ojos abiertos tenían el color de la ceniza.

La mujer le devolvió su tristeza a la muerte y acompañada por todo el pueblo enterró el cuerpo de su marido. Y por cosas del destino, el cura fue enterrado junto a la tumba del ateo. Diariamente la gente va al cementerio y reza por la salvación del alma del sacerdote. Ya se ha vuelto una costumbre, incluso depositan sobre su tumba ramos de flores blancas.



**Con Bolívar, con Manuel
Con el pueblo al poder**

